

# Frente libertario

Madrid, 20 noviembre de 1938 || Editado por el Comité de Defensa Confederal, del Centro, Se rano, 111 || NUMERO 634

## EN EL SEGUNDO ANIVERSARIO DE LA MUERTE DE DURRUTI

### La llama revolucionaria de Durruti lanzó a millares de camaradas a las más abnegadas y heroicas empresas

#### Todas se vieron coronadas por la victoria

Cúmplase el segundo aniversario de la muerte de Durruti; allá por los días en que Madrid sentía el asedio de las huestes marroquíes y legionarios que soñaban dominarlo y someterlo a sus armas, llegó a nuestra ciudad la figura más representativa del proletariado revolucionario español. Durruti, sobre ser un luchador de clara historia, era, además, el hombre que sabía encender la fe de las multitudes, y al que todos los compañeros seguían con el entusiasmo en los ojos y la firme decisión de victoria en los cerebros. Junto a Durruti no había dudas ni vacilaciones de ninguna clase; no cabían entre los suyos los pusilánimes, porque sólo corazones proletarios, endurecidos en la lucha diaria y constante, eran capaces de comprender, en toda su intensidad, la figura del hombre que viniera, desde las tierras de Aragón, a defender la capital de la República. ...

Desde los primeros momentos de la subversión Durruti comprendió perfectamente la magnitud de los horizontes que se abrían ante los ojos de nuestros trabajadores; los privilegiados, las clases ricas, los usufructuarios del poder, no se conformaban con sus privilegios, con su dinero y con su poder; querían también someter a su yugo a los trabajadores y reducir su condición a la de simples esclavos; por eso rompieron los moldes de la legalidad fría y sin alma que imperaba en España; pero no se dieron cuenta de que al destrozar esa legalidad destruían también su mejor arma de defensa, es decir, el poder coercitivo del Estado, que, más tarde o más temprano, siempre terminaba por darle la razón frente a los intereses de los trabajadores. Esto, que lo comprendieron perfectamente los proletarios españoles, lo comprendió, perfectamente también, Buenaventura Durruti. Y hombre de acción por encima de todo, hombre en el cual los actos acompañan, cuando no preceden, a las palabras, ocupó desde el primer momento el puesto que su historial le asignaba. Y se convirtió en el compañero que guía y orienta a los de su clase y de su ideología; pero no a la manera fría como se les puede orientar desde un punto de vista exclusivamente

jerarquizado, sino con el palpitar caliente del que comparte las mismas armas, el mismo puesto de lucha, los mismos afanes de combate, de contienda física. Por esto Durruti marchó siempre junto a sus vanguardias; por eso, en vanguardia, se lanza por las tierras de Cataluña primero y de Aragón después, hasta llegar a la vista de Zaragoza. Por eso en vanguardia, siempre en vanguardia, vino a Madrid cuando Ma-

grandes, así seguían a Durruti sus hombres; el afecto admirativo que su figura despertara en todas las gentes que contemplaban su paso, era índice claro de su capacidad enorme de sugestión. En las palabras ¡Durruti! ¡Ha venido Durruti!, con que el pueblo madrileño saludara la presencia del héroe en nuestra ciudad, se encuentra la mejor alabanza que de él pudiera hacerse, y, desde luego, la alabanza

rruti, muerto, se ha convertido en símbolo de la revolución. No le cuadran honores jerárquicos ni reverencias de ninguna clase; su memoria sólo está centrada entre los labios del pueblo, en las palabras de sincero recuerdo dolorido de los trabajadores, en las nostalgias de todos los que sufren, de todos los que se sacrifican, de todos los que luchan y mueren por el triunfo de la libertad. Por el triunfo de esa misma libertad que tan ardientemente anhelaba Buenaventura Durruti.

En este segundo aniversario las palabras que, escasas pero siempre acertadamente pronunciara Durruti, adquieren vigor de consigna para todos los trabajadores españoles; el hombre que supiera guiar a los anarquistas de España hacia la victoria, habla hoy, después de muerto, señalando a todos los antifascistas el camino a seguir; camino en el que no caben transigencias de ninguna clase, porque añade una sola de nuestras exigencias: pone desconocer el sacrificio de todos nuestros caídos, y hacer escarnio de la memoria de todos nuestros mártires, al mismo tiempo que hipotecar para siempre el futuro libre de nuestro pueblo.

En la actualidad la figura de Durruti adquiere caracteres de gigante; cuando tantos vacilan, cuando la fe de que muchos alardean sin tenerla se encuentra en quiebra rotunda, la memoria de Durruti es símbolo que empuja al pueblo a los mayores sacrificios. Es su figura consigna de triunfo para todos los trabajadores españoles. Su ímpetu revolucionario es la encarnación de la llama que empuja a nuestros hombres a las más increíbles hazañas, a los heroísmos más altos, a las abnegaciones más profundas. Todos los revolucionarios españoles deben buscar en la figura de Durruti, en su decisión inquebrantable de victoria, en su fe magnífica en el triunfo del pueblo, los más elevados motivos morales que les hagan persistir en su actitud de oposición a todo lo que pueda significar desmoronamiento de las causas y de las condiciones que nos llevaron a la lucha.

Dijimos en noviembre de 1936

y volvemos a decir

en noviembre de 1938:

¡DURRUTI HA MUERTO!

¡VIVA DURRUTI!

drid estuvo en peligro, y por eso en vanguardia, en extrema vanguardia, cayó en las inmediaciones del Clí-nico.

¿Razones? Fáciles de comprender y más fáciles de explicar. Es que Durruti, por encima de todo, antes que nada, era un luchador revolucionario; y como tal tenía que vivir la aspereza de la lucha, la emoción profunda de la acción.

Como siguen las multitudes a los revolucionarios señalados por el destino para la realización de obras

que más apreciara Durruti. El carácter mítico que tuviera en vida se ha reforzado considerablemente después de su muerte. Hoy Durruti es uno de los símbolos del proletariado español, y todos los trabajadores tienen en cuenta sus palabras, para señalar el camino a seguir a aquellos que tienen la debilidad de olvidarse de los rígidos y estrictos deberes que la hora que pasa nos impone a todos.

Durruti, viviendo, era el hombre revolucionario por excelencia; Du-

## Renunciamos a todo excepto a la victoria

Ayuntamiento de Madrid



# Tres fechas

Deciamos en noviembre de 1936...

"Como los héroes helénicos predilectos de los dioses, Durruti ha muerto en plena juventud y en plena gloria. Ha muerto como siempre deseó morir: de cara al enemigo. El balazo que atravesó su corpa de atleta nos arrebató un hombre que necesitábamos en los actuales momentos. Pero nos da más aún; nos da un ejemplo, un símbolo."

Deciamos en noviembre de 1937...

"Todos lo saben; fué en la Ciudad Universitaria donde Buenaventura Durruti murió. También todos lo saben; fué en la Ciudad Universitaria donde quedaron frenadas las tropas rebeldes. Vividas intensamente las jornadas victoriosas de Barcelona, supo Durruti mandar las "tribus" corajudas a través de las tierras aragonesas y supo arrancar cientos y cientos de kilómetros cuadrados a la dominación de los militares sublevados."

Pero su puesto de combate estaba en Madrid y a Madrid acudió solícito...

El espíritu del pueblo sabe lo que debe al hombre que cayó.

Durruti dijo dos frases. Una al enemigo: "¡No paséis!"... Y no pasaron.

Otra al pueblo: "Renunciamos a todo menos a la victoria". Y lo cumplió.

Renunció incluso a la vida."

Deciamos en noviembre de 1938...

Durruti murió en noviembre de 1936.

¡Viva Durruti!

## PASION Y MUERTE DEL HEROE

De Aragón vino Durruti; trajo a Madrid la victoria, que al pueblo se la anunciaron los galones de su gorra. De Aragón vino a Castilla, y en gesta o preñez heroica se estremecieron fecundas las entrañas españolas, que Castilla y Aragón, mozo bravo y buena moza, cuando entremezclan su sangre le dan un Pueblo a la Historia.

De Aragón vino Durruti; vino a Madrid en su hora, que la Ciudad y el Coloso, muy desiguales en otras, en aquella se encontraron novio digno de tal novia. Bizarro el Titán venía, sin galas de ceremonia, y, ¡ay!, sin arreos de fiesta garrida estaba la Moza. Seguían al caballero, con banderas victoriosas, cuatro mil hombres curtidos por el aire de la gloria, y al acercarse a Madrid, su leyenda, retadora, batió tambores de cielo para ahuyentar la derrota. Madrid le estaba esperando, que, frente a lujurias moras, a orillas del Manzanares, reñía batalla de honra.

—Madrid, que a tu voz acudo, llamado por tu congoja; mi corazón te dará por trofeo de victoria.

—Buenaventura Durruti: cuando otros me dejan sola, viniendo a salvarme, vienes a ser mi novio en mi boda.

—Vengo, Madrid, a luchar; mientras la muerte te ronda, de combatiente tan sólo deseo que me conozcas.

—Buenaventura Durruti: cuando tantos me abandonan, viniendo a ser mi adalid me obligas a ser tu novia.

Vino a luchar, y luchó con tal afán de victoria, que el frenesí del combate metió en la sangre a su tropa. —¡Durruti!—arengaba el jefe de cualquier centuria heroica, y al punto le respondían —¡Durruti!—cien voces roncadas —¡Durruti!—en grito de sangre clamaba la carne rota; —¡Durruti!—el dinamitero cuando lanzaba su bomba. Muros, tierra, fuego y plomo, del Clínico a la Moncloa, con el grito de "¡Durruti!" pregonaban la victoria; pero, ¡ay!, que la tarde gris ennegreciéndose toda, vió en el pecho del Coloso florecer una amapola.

—Titán de Bujaraloz, bronce que tañes a gloria, medida del heroísmo y espanto de la derrota, ¿no sabes que en toda España, la clase trabajadora, viendo en ti mi defensor patrocina nuestra boda? Buenaventura Durruti, caudillo tallado en roca, ¿no ves que te estoy mirando como a su novio la novia?

En sus brazos—fiebre y sangre la cabeza poderosa del Héroe contemplaba, la Ciudad de la Victoria; y el Héroe le decía: —¿Qué te apena? ¿Qué te asombra? Tengo en el pecho una flor roja y negra, negra y roja; pólvora y sangre la tiñen, del mismo corazón brota. Murádomme te la doy; mira Madrid, cómo logras que, si en el tuyo no arraiga, no se seque en tu memoria...

J. GARCIA PRADAS

## LA MEMORIA DE NUESTROS MARTIRES NOS IMPULSA A SUPERIORES ABNEGACIONES

Es la nuestra una guerra de constante y diaria superación; acciones y conductas que no hace muchos meses parecían superar todos los lindes de lo imaginable, de las cuales se pensaba y aun se afirmaba fundadamente no serían sobrepasadas, no ya en el decurso de la guerra presente, sino aun en el de las posibles guerras futuras, han sido reducidas a un segundo término de atención y de admiración por las hazañas realizadas al día siguiente. Heroico y corajudo fué el comportamiento del proletariado español en los primeros días de la contienda; no le fué a la zaga el temple de nuestros hombres.

### VISADO POR LA CENSURA

No han faltado enemigos que hayan tratado desconsideradamente a las milicias populares durante aquellos días de constantes amarguras; en alguna ocasión se ha pretendido hacer burletas con aquellos heroicos camaradas que resistían como podían a la avalancha de hombres y de material de guerra que se les venía encima. Para colocar a aquellos camaradas en el puesto de honor que les corresponde, basta hacer constar que "durante tres meses" retrasaron el avance del ejército rebelde. Ellos, mal vestidos, mal armados, con la munición escasa, con sólo fusiles y alguna que otra ametralladora, se enfrentaron con un ejército organizado, disciplinado, dotado de los más modernos medios de combate y protegidos por numerosos aviones, cañones y tanques. Aquella

dió lugar y tiempo a que se organizase el Ejército popular; y el broche de oro de aquella retirada fué la defensa de Madrid, donde se llegó a heroísmos rayanos en lo sublime.

Posteriormente, nuevas acciones militares han hecho palidecer la gloria de aquella la defensa del Norte, donde se disputó el terreno palmo a palmo a los invasores; los ataques sobre Belchite, Brunete y Teruel; la defensa de las costas levantinas; el parón a los rebeldes en Extremadura, y recientemente, la ofensiva del Ebro, en la que el Ejército popular ha vuelto a poner de manifiesto nuevamente su elevada capacidad de combate y su alta moral de lucha; todas estas acciones han sido otras tantas ocasiones en que el heroísmo de hoy ha sido superado por el heroísmo del mañana; esas acciones son otras tantas pruebas de que la memoria de nuestros caídos es el más firme acicate de nuestra lucha; todas esas acciones demuestran que el recuerdo de nuestros mártires guía siempre los actos de nuestros combatientes.

Las sombras de nuestros caídos nos acompañan en todas las vicisitudes de la guerra, y cuando llegan los momentos difíciles, cuando es necesario recurrir a las máximas energías para mantenerse firmes en el puesto que se nos ha confiado, los ejemplos sublimes que nos legaron nuestros mártires hacen de cada uno de nuestros soldados un héroe más, casi un personaje de leyenda, que desafiando los turbiones de metralla que el enemigo puede dirigir contra él, se mantiene indeble en el cumplimiento de su deber, seguro de que, aunque él cayera, otro hermano de lucha y de clase cubriría el puesto que dejara hasta la victoria total del pueblo español.

La memoria de nuestros caídos no nos traicionará jamás, y en todo momento nos señalará, con el ejemplo de las realidades concretas, camino a seguir. Por duro que sea, por ásperos que sean los momentos que el destino y la suerte favorable o adversa de las armas nos deparen, hemos de hacer honor al recuerdo de todos los hombres que tan generosamente supieron dar su vida en defensa de la libertad de todos los oprimidos. No podemos hacer traición a su memoria sin hacer cernos traición a nosotros mismos sin exponer todas las conquistas que hemos logrado a costa de tan duras batallas, al más rotundo de los humillamientos.

Ni dudas ni vacilaciones puede anidar en nuestro pecho; son demasiado los camaradas caídos en la lucha, son demasiado los trabajadores españoles que ofrendaron su vida en defensa de la libertad de todos los oprimidos y de la independencia de nuestra patria, para que podamos retroceder en el camino emprendido; éste hay que continuarlo hasta lograr la victoria definitiva; ese es el único final posible de la contienda que actualmente ensangrienta los campos españoles; terminar la guerra importa; pero importa terminarla definitivamente de una vez para siempre. Y eso sólo se conseguirá con el triunfo del proletariado antifascista; lo demás sería, a lo sumo, abrir un paréntesis en la lucha, demorar la solución definitiva. Pero la contienda comenzaría en el mismo momento en que hubieran variado las condiciones que nos hubiesen hecho aceptar la paz que no fuera nuestro triunfo total y rotundo.

Es que así lo exige la memoria de nuestros caídos; y las sombras de nuestros mártires avanzarán siempre, hasta que esa victoria definitiva de que hablamos se convierta en una magnífica realidad.

S. U. de las I. del P. y A. G.-C. N.

"SI PRETENDEIS HACER DE ESTA GUERRA UNA GUERRA VULGAR, CON TODAS SUS SECUELAS DE INMORALIDAD Y DESENFRENO, NOSOTROS OS DECIMOS QUE NO ESTAMOS DISPUESTOS A LUCHAR. SI CREEIS QUE PODEMOS CONSENTIR QUE LA GASOLINA SE DERROCHE, QUE TODOS TENGAN AUTOMOVIL, QUE TODAS LAS NOCHES BARCELONA OFREZCA EL MISMO ESPECTACULO, OS EQUIVOCAIS. OS EQUIVOCAIS, POR QUE MIENTRAS HAY QUIEN CREE QUE EL FASCISMO ES MOLA, FRANCO O QUEIPO, NOSOTROS SEÑALAMOS, COMO FASCISTA A TODO EL QUE DERROCHA O GASTA AQUELLO QUE ES DE LA REVOLUCION." (DURRUTI)

# Para triunfar es necesario sacrificarse

Ayuntamiento de Madrid